

Gómez Carrillo y Aurora Cáceres

¿**S**E PUEDE dejar de comentar el libro que Aurora Cáceres acaba de publicar sobre Gómez Carrillo? Al hablar de Gómez Carrillo hay que considerar dos cosas: la obra literaria en sí, y el renombre, un tanto desorbitado, que algunos le están haciendo expiar ahora con ayuda de silencios también injustos y artificiales. Maestro de «reclame», fué como esos banqueros paradójales que alcanzan fastuosos beneficios con capital limitado; y más de una vez pareció dar razón a los que decían entre 1900 y 1910: «¡Si Darío tuviera la habilidad de Carrillo, o si Carrillo tuviera el talento de Darío!» No hay que desconocer, sin embargo, el mérito y la importancia de su obra dentro de la literatura hispano americana. Sería injusto discutirle un puesto de primera fila entre nuestros más altos escritores. Apesar de la falta de convicciones y de apego a nuestra América, apesar de la zona frívola en que él mismo quiso encastillarse, Gómez Carrillo ha escrito páginas dignas de perdurar como modelos de elegancia y de estilo. Sus impresiones de viaje, y sobre todo sus crónicas, impregnadas de un parisianismo espumoso, que no le impidió seguir siendo «mètèque», serán recordadas en el porvenir, porque pocas veces alcanzó nuestro idioma flexibilidad tan eficaz y relieve tan elocuente como bajo la pluma de este maravilloso descreído para quien sólo tuvo importancia lo insignificante.

Yo no frecuenté nunca mucho a Gómez Carrillo, porque nuestra mentalidad era diferente, como era diferente nuestro campo de acción en las letras. Pero en tres décadas de vida literaria nos hemos encontrado a menudo en París, en Madrid, en Buenos Aires, nos hemos distanciado, nos hemos reconciliado, y he asistido de cerca a su vida tumultuosa, vanidosamente ficticia a ratos, y a ratos inconfesadamente melancólica.

Era un endemoniado de la literatura, víctima de sus propias jactancias. Ante todo «hombre de letras»—y hasta hombre de teatro—no descendía jamás de la escena, ni perdía su empaque de boulevardero influyente y de esgrimista espectacular. A pesar del cabello gris, perpetuaba, en medio de grupos heterogéneos, la tradición pretérita de los cafés literarios, multiplicando entre el humo de los cigarros y los aperitivos,

los ruidosos debates inútiles, las vanas cartas de recomendación y las gratuitas represalias que nacían de su carácter desconfiado y quisquilloso. Atado al destino de Sísifo, se creía así dueño de la hora y director de un mundo imaginario. En medio de tan frágiles ocupaciones hallaba lugar, no obstante, para escribir páginas encantadoras. Porque lo que verdaderamente sorprende en la vida de este bohemio prestigioso es la contradicción entre el artificialismo del escritor y los chispazos superiores de la obra.

La última vez que nos vimos fué en Niza, pocos meses antes de su muerte. Bajó de un ruidoso automóvil y entró a mi despacho hablando de sus querellas con un editor. La conversación se orientó luego, sin saber cómo, hacia la longevidad, que suele ser en la vida literaria un factor de triunfo.

—Veamos, le dije, cual de los dos morirá primero...

Y recurriendo a un expediente infantil, cortamos dos tiras desiguales de papel que un amigo presente ocultó en el hueco de la mano. A Carrillo le tocó la más corta. Y fué de ver la sonrisa a la vez profundamente amarga y forzosamente desdeñosa con que aceptó el augurio. Dentro de su carácter complicado luchaba la superstición con el escepticismo y a ambas cosas se sobreponía el ansia de esconder las impresiones. Porque Gómez Carrillo, al decir de sus mismos familiares, fué uno de los hombres menos transparentes, menos espontáneos, menos comprensibles que se puede imaginar.

El libro que comento tiene, entre otros méritos, el de ayudarnos a descifrar un carácter, permitiéndonos entrar en la intimidad del escritor con una doble garantía de veracidad y de cariño. Es el diario personal de Aurora Cáceres, la primera esposa, que, pese a las vicisitudes, siempre supo mantener una luz de piedad comprensiva y desinteresado amor. Escritora eminente que ha publicado numerosos libros con éxito indiscutible y dama de gran mundo habituada a apreciar los matices y a conocer las almas, Aurora Cáceres ha vencido las dificultades con tanto talento y equilibrio, con tan rara orquestación de cualidades, que la obra quedará como un documento único al cual tendrán que referirse cuantos hablen mañana de Gómez Carrillo o de su actividad en las letras.

El público goloso siempre de confidencias cuando se trata de la vida íntima de los escritores, leerá esas páginas con el interés de una novela y seguirá a través de los comentarios y de la correspondencia que Gómez Carrillo mantuvo con la novia ilusionada y, después, con la esposa de la cual debía divorciarse las alternativas de luz y de sombra que definen un tempera

mento. Algunas anécdotas son altamente significativas. Las refiere Aurora Cáceres con tan mansa sobriedad, y al mismo tiempo con tan elegante elocuencia, que cautivan al lector y se graban en la memoria. En otros pasajes brilla una emoción contenida que se comunica al espectador. Y decimos «espectador», porque el relato es como una ventana abierta por la cual abarcamos el panorama de dos vidas. Todo ello sin asomo de cínica ostentación o de complacencia en el escándalo. La autora no pierde un instante su altiva dignidad. Y es este feliz enlace del abandono con la reticencia lo que da a los capítulos una sana contextura que contrasta a veces con las mismas incidencias que en ellas se refieren.

La muerte anula todas las discordancias. Al subrayar la aparición de este libro sobre Gómez Carrillo (que me hostilizó a menudo con aspereza) no quiero tener un recuerdo para las desafinaciones de ayer. Nuestros pobres orgullos y nuestras heridas de amor propio se desvanecen ante el destino inexorable que nos arrastra a todos hacia la tumba dejando apenas unpenacho espiritual sobre lo que fuimos. Que sólo expresen estas líneas un aplauso para Aurora Cáceres y un homenaje para el gran escritor.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

El caso de Paul Schostakowsky

SIEMPRE es difícil penetrar en la intimidad un espíritu y más cuando se trata de un artista en ese momento especial de la concepción, en que ideas, imágenes y sensaciones acuden al cerebro y el habitante inmateral del vaso de arcilla se agita para duplicarse.

Hay un misterio ahí, una crisis obscura, velada como todo nacimiento y que no puede mostrarse sin temblor íntimo. ¿Qué sucede, qué fenómenos ocurren en el secreto de la subconciencia?

Tenemos muy pocos testimonios fidedignos; casi siempre provienen de confesiones compuestas después, con ánimo de causar tal efecto, de justificar una teoría o explicar una actitud, a veces de simular o disimular determinadas situaciones, con frecuencia para ensalzar a un amigo o abatir a un enemigo.

La historia de las obras de la fantasía encierra a menudo tanta fantasía como las obras mismas.